

Marichu Silva Gago

LO QUE EL TIEMPO NO BORRA

SEGUNDA PARTE



Lo que el tiempo no borra

Marichu Silva Gago

LO QUE EL TIEMPO
NO BORRA

SEGUNDA PARTE



Primera edición: marzo de 2024

© 2024, Marichu Silva

© de la presente edición, Hilatura estudio editorial

www.hilaturaeditorial.com

hola@hilaturaeditorial.com

ISBN: 978-84-128091-2-1

Depósito legal: AL 641-2024

Impreso en España - Printed in Spain

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin la autorización previa de los titulares de los derechos.

Diciembre de 1934

—¿No CREES QUE deberíamos esperar a que Jaime esté recuperado? —dice Emilia mientras va de un lado a otro preparando las maletas.

—No puedo posponerlo más, demasiada suerte he tenido.

—No es suerte, Bruno. Eres el mejor.

—Me refería a que hayan esperado tanto tiempo para hacerme la entrevista.

Bruno revisa la ropa que llevarán él y su mujer. No puede pasar por alto ningún detalle, es consciente de que su imagen es tan importante como sus diseños. En cuanto lleguen tiene pensado visitar al mejor peluquero de Barcelona.

—Ya te digo yo que no es suerte. ¡Para ya! Estás desordenando la maleta.

—Sabes lo mucho que está en juego.

Emilia se sienta a los pies de la cama y contempla cada centímetro del dormitorio. Aquí ha sido muy feliz con su marido. En el pueblo todo el mundo los trata con respeto y le da pavor pensar en lo que les espera en Barcelona. Por lo que ha leído en algunas revistas, es una ciudad grande y moderna, aunque la verdad es que a ella, que no ha salido nunca del pueblo, cualquier ciudad le parecería tremenda. Se ha planteado quedarse, pero cuando Bruno estuvo en Madrid lo pasó tan mal... Tiene que reconocer lo celosa que es, incluso le molesta que tome medidas a las clientas más jóvenes. Su madre y hermanas le han

aconsejado que no lo deje, ¡se oyen tantas cosas! Es mejor que no se separe de Bruno, aunque espera estar en casa para las fiestas navideñas.

—¿De verdad piensas que esa entrevista es tan importante?

Bruno la observa con sorpresa, como si la viera por primera vez.

—¿Estás de broma? Supone mi salto al mundo de la costura o quedarme aquí toda la vida.

—Tampoco sería tan malo. Tú nunca has querido salir del pueblo.

—Eso era antes —dice y deja sobre la maleta la chaqueta que acaba de doblar—. Tú no estuviste en Madrid, no puedes hacerte una idea de cómo me trataron. De lo que la vida me ofrece fuera del pueblo.

—Yo tengo miedo.

—Es normal. —Bruno se sienta junto a ella y le coge las manos—. A mí me pasa lo mismo. Podemos probar, ver lo que pasa. Puedo hacer trabajos por encargo desde aquí, pero quiero darme a conocer.

—No tienes intención en que nos quedemos en Barcelona, ¿verdad?

—Eso sería tener mucha suerte.

—A mí me gusta vivir aquí, Bruno. No tenemos problemas de nada. Cada vez tenemos más trabajo. Pagaste el taller y la casa en muy poco tiempo, no podemos quejarnos.

—Tenemos que ser honestos, Emilia. ¿Cómo lo hemos pagado? Con la boda de Irene. ¿Cuántas más tienes a la vista? Y no me vale que me digas que la próxima primavera se casarán dos o tres parejas, sabes que entre todos ellos no ganaremos ni la tercera parte.

—¡Pero tampoco tenemos necesidad de más!

—No tendrás necesidad de más tú. Yo no quiero encasillarme. Te recuerdo que llevas todo el verano cosiendo pantalones, dando la vuelta a abrigos, cambiando cuellos de camisas...

—¡Y no nos falta de nada! Además, tenemos a nuestras familias cerca. ¿Qué haríamos si pasara alguna cosa estando tan lejos?

—De momento estamos hablando de más, solo voy para hacer una entrevista.

—Pero es para una de las revistas más importantes de España... —Emilia no puede disimular su descontento.

—Tanto mejor. Si no quieres venir, sabes que no tienes que hacerlo. Serán solo dos semanas, aunque tengo la esperanza de que sean más, pero sabes que tú no tienes que quedarte si no quieres. —Bruno se pone en pie—. No sigas con mi equipaje, yo lo terminaré después. Voy a salir para despedirme de mis padres y ver a mis hermanos.

—Esta noche vienen mis padres a cenar.

—De acuerdo. Les diré a los míos que se unan.

Después de marcharse Bruno, Emilia permanece unos minutos sentada, sin apartar la mirada de las maletas. Quiere quedarse, vivir tranquila. A ella no le compensa el reconocimiento de los demás frente a su estabilidad, pero está claro que su marido no opina igual.

Encima vienen sus suegros a cenar. No sabe por qué, pero no les tiene simpatía. Ni a sus suegros ni al resto de la familia de Bruno, sobre todo a Marta. ¿Por qué? Ni ella misma lo sabe. Incluso su madre y sus hermanas la aprecian, pero ella no, y no puede hablar de esto con nadie. La última vez que lo comentó a sus hermanas solo sirvió para que discutieran. Su hermana mayor le dijo que sentía celos de su cuñada porque sabía lo mucho que Marta significaba para sus hermanos. Y, aunque no lo reconocerá ante nadie, en su fuero interno sabe que algo de razón lleva.

Odió a Irene el tiempo que duró la confección del vestido; no soportaba los comentarios del modisto alabando el cuerpo de la muchacha y diciendo lo fácil que había sido que le quedara

perfecto. Y luego Paz, tan exuberante que incluso le queda bien el luto por el hermano. Emilia está aterrada. Si se siente así en su entorno, donde conoce a todas las muchachas con las que se relaciona Bruno, ¿cómo se sentirá en Barcelona?

Y por otro lado están sus suegros, animándolo una y otra vez, sobre todo Anselmo, que ya ve a su hijo en las revistas de moda más prestigiosas, relacionándose con gente de las altas esferas, viajando y dándose a conocer. Él es el primero en llenarle la cabeza de pájaros, el que le dice una y otra vez que su destino no está aquí, encerrado en un pequeño pueblo, que tiene que volar alto. Bruno pasa horas y horas hablando con su padre: adónde tiene que ir, a quién debería visitar...

Le alivia pensar en alejarse de su familia política durante un tiempo. No es que los vea mucho, ni siquiera se ha preocupado demasiado por la recuperación de Jaime o por visitar a Clara durante la desaparición del hombre, pero lo justifica con el trabajo. Siempre ha querido dejar muy claro que no es amiga de demasiados roces; durante el breve noviazgo fue en contadas ocasiones a casa de Bruno, por lo que a nadie le sorprende que sea tan reservada.

Emilia se levanta y baja a la cocina. Ahora tiene que preparar cena para dos más. Espera que Sara ponga alguna excusa y no acuda; cenaría mucho más a gusto con sus padres y su marido. Si no lo hubiera comentado, Bruno se habría encontrado con sus padres cenando y no habría tenido la oportunidad de avisar a sus padres, como había pasado en numerosas ocasiones. Le reprocharía el poco contacto que tenía con su familia, pero nada más.

Desea tanto que la aventura de Bruno fracase... Sabe cómo se sentiría su marido si eso ocurriese, pero le da igual. No está dispuesta a que nada se interponga entre ellos.

—A VER CUÁNDO empiezas a caminar, gordito, que ya casi no puedo contigo.

Bruno deja a su sobrino sobre la manta de la cocina, pero es pedir un imposible que se quede ahí. Desde que ha comenzado a gatear no para, tienen que andar todos detrás de él. Se vuelve para mirar a su cuñada; ahora sí que es evidente su estado, mucho más notable que el primer embarazo.

—¿Cómo está hoy mi hermano?

—Igual. No podemos negar que ha hecho progresos, pero va tan despacio... Hoy hace dos meses que los chicos le encontraron.

—¿Vas a bajarlo al salón?

—Por supuesto. Dentro de un rato, cuando termine de poner la comida. Lo bueno que tiene es lo paciente que es. Jamás me llama, espera a que tenga tiempo para dedicarle.

—Me quedaré para ayudarte a bajarlo.

—Como quieras, ahora vendrán tu padre y el mío. —Clara lo mira sonriente—. Desde luego, no se puede quejar de mimos. Espera un momento a subir, voy a tender una ropita del niño.

Clara coge un barreño con la ropa y sale al patio. Bruno la sigue con la mirada. Le gusta su cuñada, siempre tan atenta con todos. Está orgulloso de ella, de lo que ha demostrado querer a su hermano. Se desvive por él y en ningún momento la ve

poner mala cara, aunque Bruno conoce su genio. Cuando eran novios, en más de una ocasión fue testigo de alguna trifulca por lo juerguista que era Jaime, pero siempre volvían las aguas a su cauce. ¡A buena hora podría él haberse marchado a León con los amigos, pasarse allí dos o tres días y volver tan fresco siendo ya novio de Emilia!

Clara entra secándose las manos en el delantal.

—Ya estoy aquí. No sé para qué he tendido, con la niebla que hay no se secará. Más tarde volveré a pasarla, la pondré delante de la cocina.

—¿No te cansas, Clara?

—¿La verdad? —Clara mira con picardía a Bruno—. Muchísimo. ¿Pero qué otra cosa queda? La satisfacción de ir viendo a Jaime mejor me compensa. Además, tu madre y tu hermana me ayudan mucho.

—¡No sé cómo puedes con todo!

—Pues como todo el mundo, apretando los puños y diciendo «¡Es lo que hay!» —dice y se toca el vientre—. Y de aquí en adelante, más. Anda, ve a ver a tu hermano. Fumaros un cigarrillo juntos, ahora subo y lo bajamos. Voy a poner un poco más de leña en la chimenea, que luego ahí parado todo el día siente frío.

—Voy para arriba, ¿quieres que me suba al niño?

—¡Sí!, no hay quien pueda con él. Si te lo subes sacaré unos vasitos de caldo del pote y nos los tomamos con Jaime cuando esté en el salón.

A Bruno le toca correr tras el pequeño para poder cogerlo. Sus risas y gorjeos llenan la habitación.

—Venga, diablillo, vamos a ver a tu padre.

La gorra de Bruno dura poco en su cabeza una vez que toma en brazos a Juanan. No cabe duda de a quién se parece el niño.

Abre la puerta de la alcoba de su hermano y asoma la cabeza del pequeño por ella.

—¿Se puede?

Jaime sonrío al ver al niño con la gorra del tío puesta.

—Bonita costumbre te va a dejar tu tío.

—¿Qué haces levantado? —dice Bruno, y deja al niño en el suelo para ayudar a su hermano.

—Nada, tranquilo, si poco a poco voy andando solo, pero mi mujer no me deja. Aquí, entre nosotros, yo creo que le gusta que dependa tanto de ella.

—Sí, hombre, pues no tiene que tener ganas la pobre de que te vayas con viento fresco a trabajar y a jugar al fútbol e incluso a hacer alguno de tus viajecitos por ahí.

—Más ganas tengo yo, te lo aseguro.

Bruno saca el cigarro que le ha dado su cuñada.

—Clara me ha dado esto para ti. ¿Te apetece?

—¿Clara? Pero si casi no me deja fumar.

—Hombre, yo creo que por algo tendrá que regañarte, no van a ser todo cariñitos.

—Espera, que tengo las cerillas en aquella mesa.

—Deja, ya voy yo.

—No. Te aseguro que puedo, no me muevo más por no preocupar a Clara.

Bruno se queda mirando a su hermano. Aún siente un pinchazo en el estómago cuando recuerda cómo lo encontraron y las semanas posteriores. En el tiempo que ha estado sin moverse de la cama las piernas se le han debilitado de forma notable, pero ha recuperado algo de peso, el cabello le ha crecido y ahora ya no anda inclinado.

—La verdad es que se te va viendo muy bien.

—¡Claro que sí! Yo calculo que en tres o cuatro días ya podré salir. Por lo menos de aquí a la plaza, porque es cierto que me mareo un poco. El médico dice que es por el oído, por cosas del vértigo. ¿Quién me lo iba a decir a mí? Pues para que veas.

—¿Sigue viniendo Evaristo?

—Sí, pero quien más viene es el hijo pequeño. El muchacho se está especializando en esto, por su propia enfermedad.

—Y qué te dice, ¿recuperarás el oído?

—Creo que no, la infección fue grave y duró muchos días, pero bueno, yo te oigo bien con este otro. —Jaime se señala el oído derecho—. Si no fuera por los mareos, no habría problema. Y dicen que eso se pasará.

—Cuestión de tiempo.

Clara entra en la habitación.

—¿Ya le has vestido?

—Mira que eres pesada, me he vestido yo. Cuando han llegado estos dos ya estaba dando vueltas por el cuarto. ¡Como no me dejas salir solo!

—¿De verdad? ¿Has podido vestirte solo? ¿No te has mareado? —A Clara se le iluminan los ojos, cualquier pequeño avance supone mucho para ella.

Jaime la abraza.

—Tan solo un poquito, pero nada importante. Ya voy a ir pudiendo hacer cosas por mí mismo. Hoy voy a intentar bajar las escaleras.

—¡Tú solo no!

—Sí, mujer, que está aquí mi hermano, él tendrá cuidado.

—Venga, vamos para allá, como cuando éramos niños. Te desafío —chinchá Bruno.

—No hace falta, estoy decidido.

—Esperad a que venga vuestro padre. —Clara teme que pierda el equilibrio.

—¡Venga ya, mujer! Me dan ganas de gritar «¡A mí la legión!». ¡Exagerada! Que solo es bajar una escalera.

—Eres un cabezón. Haced lo que os dé la gana, pero si te caes, te va a cuidar Rita la Cantaora.

—Pues ve llamándola, por si acaso.

Jaime ríe, contagiando con su entusiasmo a Bruno.

—No hay quien pueda con vosotros —dice Clara, que ha comenzado a recoger la habitación.

La alegría la invade al verlo más repuesto, aunque no puede demostrárselo para que no se envalentone. Recuerda el día que abrió los ojos por primera vez, a los veintisiete días de estar en casa. Llevaba tres o cuatro balbuceando mientras dormía, como si estuviera soñando. Ella le dio un poco de caldo y se atragantó. Anselmo le golpeó varias veces la espalda y cuando volvió a colocarlo en la cama tenía los ojos abiertos. A ellos les costó reaccionar, no sabían si era un acto reflejo provocado por la tos. Despacio, Jaime movió las manos y agarró las de Clara, que comenzó a llorar. De los labios de su marido salió un leve susurro, miró a su padre y pestañeó mientras intentaba sonreír. Desde entonces la cosa va bien; dentro de poco tendrá a su Jaime de siempre. Poco importa que oiga mejor o peor, que no pueda caminar erguido. Ella lo quiere igual. Los oye por el pasillo de la casa en dirección a la escalera.

—Ya sabes: si lo crees necesario, agárrate a mí. Yo bajaré por delante por si te caes.

—De acuerdo, pero ten cuidado, no te vaya a arrastrar conmigo, que tú siempre has sido un poco flojo.

—Déjate de coñas ahora. Vamos a estar a lo que hay que estar... —Bruno mira a su hermano. Está agarrado a los pasamanos de la escalera, con los nudillos blancos del esfuerzo—. Eh, ¿qué te pasa?, estás blanco.

—Me he mareado al ver la escalera.

—Ven, déjate caer al suelo, vamos a sentarnos en el escalón hasta que te serenes.

—Ya os decía yo que es muy pronto para que lo intente solo. —Clara intenta agarrar a su marido.

—Clara, espéranos abajo, por favor. No vamos a agobiarle ahora. —Bruno no quiere ser brusco, pero necesita que su hermano esté tranquilo.

Clara baja con su hijo en brazos y ellos se sientan en el primer escalón, donde permanecen un rato hasta que vuelve el color al rostro de Jaime.

—Cuando quieras lo intentamos. Si crees que no puedes, cierra los ojos y yo te bajaré.

—Está bien. —Jaime se agarra al brazo de Bruno—. Vamos a intentarlo, deja que me agarre a ti.

Cada peldaño es un abismo. Cuando consiguen bajar, Jaime se sienta en el sillón, junto a la chimenea, y Bruno le pone una manta sobre las piernas. La alegre música de la radio llena la estancia.

—¿Sabes que mañana me voy? —dice Bruno.

—Sí, ayer lo estuve hablando con mi mujer. Por lo visto se va Emilia contigo.

—Sí, a duras penas. Ella no querría ni que me fuese yo. No quiere salir de aquí.

—Tienes que entenderlo, para ella no es fácil, este es su mundo.

—Le estoy diciendo que se quede, no creo que sean más de quince días. En el taller hay trabajo de sobra para mantenerse ocupada, ni siquiera se daría cuenta de mi ausencia, pero no quiere.

—Es normal, está entre la espada y la pared.

—Sí, pero temo que se pase todo el tiempo preguntándome cuándo nos volvemos.

—¿Y qué idea tienes, piensas quedarte más tiempo?

—¡Ojalá! No depende de mí, pero sería fantástico. En Madrid podría haberme quedado por lo menos tres o cuatro días más, me ofrecieron algunas entrevistas y conocer a otros modistos, pero no estaba preparado. Además, me esperaba Emilia aquí. Ahora no pienso desaprovechar ninguna oportunidad que me brinden. Tengo veinticinco años, es ahora o nunca.

—Por lo menos nos llamarás.

—Claro, llamaré a padre y él os irá diciendo.

—Anda, deja de hablar de trabajo y bébete este caldito, que mucho Barcelona, pero lo vas a echar de menos. A saber qué se come por allí. —Clara deja la bandeja con dos cuencos y una jarra sobre la mesa. Toma la jarra y se la acerca a Jaime—. Toma, te será más fácil sujetarla por el asa.

—¿Has visto? Está en todo. —Jaime sonríe a su mujer.

—Te aseguro que en Madrid comí muy bien.

—Cuando vuelvas me tienes que decir todo lo que has visto, para hacerme una idea de la vida fuera de este pueblo. ¿Ves? A mí sí que me gustaría viajar y estar de un lado para otro, por lo menos durante un tiempo, pero ¿dónde voy yo con este pequeñín y este otro?

Jaime toma la mano de su mujer, que se acaricia la tripa.

—Cuando nazca la niña, porque va a ser una niña, dejaremos a los dos con sus abuelos unos días y tú y yo haremos una escapadita, aunque solo sea de dos días.

—¡Mira, eso estaría muy bien! Por ahora me conformaré con la salida que tengo que hacer al colmado, necesito algunas cosas. Bruno, ¿puedes quedarte cinco minutos más?

—Sin problemas.

—Pues dame un beso. Que te vaya muy bien por Barcelona, cuidaros mucho. Despídeme de Emilia. —Clara besa a su cuñado y a Jaime—. No tardaré demasiado.

—Ve tranquila, mujer, aquí estará todo bien.

El frío de la calle la hace encogerse, es tremendo lo que han bajado las temperaturas. Anda con paso firme y rápido hacia el colmado. Lleva la cabeza tan baja que no ve acercarse a Anselmo.

—¡Vamos a ver si miras por dónde vas!

—Tengo tanto frío que solo voy pensando en llegar. En casa están Bruno y Jaime. Póngase un vaso de caldo, que este frío es horrible.

—Tampoco es para tanto, ¿qué vas a hacer cuando llegue el invierno?

—Pues temblar más.

Anselmo sonrío a su nuera.

—Deja en la tienda la cesta con la compra, luego te la traeré yo.

—No se preocupe, tampoco es tanto lo que voy a comprar.

—Como quieras, luego nos vemos.

El calor del colmado la reconforta. Se siente en casa. Siempre le ha gustado el olor del almacén, desde niña, desde que acompañaba a su madre. Huele a especias, a bacalao, a verduras.

Hay dos o tres mujeres esperando para hacer la compra y su suegra está tras el mostrador. Esa mujer está condenada a no dejar de trabajar; justo cuando habían decidido dejar todo en manos de Jaime ocurrió el accidente. Su suegra le hace un gesto con la mano para que pase a la trastienda.

—¿Necesita ayuda?

—De ninguna manera, pasa y siéntate un momento en la mesa camilla. El brasero está en lo mejor, Dora acaba de bajar unas ascuas de la chimenea. Aquí ya casi no queda nada, enseguida estoy contigo.

—No, si no le importa voy a ir cogiendo lo que necesito.

—Bien.

Cuando el colmado se queda vacío, Clara le pregunta a su suegra por Marta. Se le hace raro no verla allí a esas horas.

—Ah, claro, tú no lo sabes. Esta en casa de Carmen, dio a luz anoche.

—¡Pero si aún no le tocaba!

—Claro, pero se le ha adelantado. La verdad es que yo pensé que pariría antes, estaba tremenda.

—¿Y están bien los dos?

—Las tres.

—¿Gemelas?

—Dos niñas.

—¡Virgen Santa! Mire —Clara le muestra el brazo a su suegra—, se me ponen los pelos de punta solo de pensarlo.

—No me preguntes por qué, pero yo ya lo sabía. Llevaba dos o tres meses diciéndoselo a Carmen, no era normal esa tripa. La partera ha tenido que llamar al médico, temiendo que las niñas fueran muy pequeñas. La primera sobre todo, no llega a los dos kilos. Han improvisado dos cunas con dos cajas de cartón forradas de algodón para mantenerlas calientes. Pero el médico dice que, aunque necesitarán cuidados especiales, parecen sanas.

—¿Y ella cómo está?

—Creo que bien, es muy fuerte. El que más susto se ha llevado ha sido Juan. Román se moría de la risa contándomelo esta mañana. Ha salido la partera y le ha dicho que tenía una niña y se ha puesto loco de contento. Al poco rato, la mujer le ha vuelto a decir lo mismo y él ha contestado: «Ya, ya. Me lo ha acaba de decir». Cuando le han dicho que no, que eran dos, casi se cae.

—Me alegro por él, es tan buena persona.

—Sí. Y los chicos están encantados de ayudar, han asumido el papel de hermanos mayores y cada uno se hará cargo de una, incluso han sido ellos los encargados de buscarles nombre: Rosa y Alba. Tal y como les va con la carpintería no tendrán problemas, esas niñitas se criarán bien.

—¿Marta cómo se lo ha tomado?

—No lo sé, no la he visto. Se marchó a las cuatro de la mañana para casa de Carmen y aún no ha salido de allí. ¡Pobre hija mía! Con lo que le gustan los chiquillos. En los últimos tiempos no dice nada, pero yo sé que lo está pasando mal. Si Dios quisiera que ella también tuviera un hijo, aunque solo fuera uno...

—Ya solo faltan unos días para su primer aniversario de boda.

—Es cierto. Si Dios quisiera...

La campana de la puerta las interrumpe.

—¡Madre!